Cartas, editadas y recortadas, que serán leídas en

*Laberinto Cultural SantaMa*

de la Ciudad de México,

el sábado 27 de octubre de 2018

(Primera Parte)

Un rincón del mundo, 13 de diciembre del 2016

(Vitoria, España)

Razón:

Me miras y me preguntas en qué pienso cuando miro al cielo.

Me invade un huracán de emociones que arrastra cualquier pensamiento. Entonces sólo soy capaz de respirar profundo, y respiro profundo porque siento que vivir es bello.

A veces, observo el cielo y lo siento pesado y plomizo. Unos nubarrones negros contaminan mi corazón y lo tiznan de melancolía y desesperanza, de sinsentido, de un tedioso aburrimiento y de la añoranza de esos días de luz y claridad que claman vida. Es de nuevo un huracán de tristes emociones lo que siento.

Cuando el firmamento arranca con gritos, y son cuchillos dentados los que rasgan luminosos y furiosos la piel del cielo, tiemblan mis piernas y se estremece mi ser al ritmo de los truenos y de los relámpagos. A ellos se unen mis latidos, y siento dentro de mí todo el miedo del mundo. Me enamoro de la vida si el cielo, elegantemente vestido de noche, pasea su vestido negro azabache de luceros.

(Patricia Fernández)

AMOR CONCILIADOR:

Desde algún lugar (en Cuba).

Querida Susana:

Escribir cartas se está convirtiendo en algo imposible entre nosotros… Creí que no me importaría no verte hoy; pero resulta que las horas se hacen demasiado largas. Mientras te esperaba anoche, estaba aún más inquieto. Me parecía que estaba librando por ti una batalla contra todas las fuerzas religiosas y sociales de Cuba, que no podía confiar en nada, sino en mí mismo. Aquí no hay ninguna vida llena de naturalidad, ni de honestidad. La gente vive junta en las mismas casas durante toda su vida, y al final están tan distanciadas como siempre ¿Estás segura de no estar equivocada respecto a mí? Recuerda que contestaré honrado y fielmente cualquier pregunta que me hagas. Me llena de orgullo y alegría el hecho de que puedas elegir permanecer a mi lado de este modo, en esta arriesgada vida. Espero que no rompas hoy con todo tu pasado. Hace sólo una semana desde que tuvimos nuestra famosa charla sobre las cartas. ¿Acaso no nos hemos acercado tanto el uno al otro debido a estas cosas? Permíteme decirte cuánto deseo que tú compartas toda dicha y que estés segura de mi gran respeto por tu amor, que deseo merecer y corresponder.

 - BIENECHOR.

Guaymas, Sonora

QUERIDA IXTAB:

Te platico que estoy confundido. Tengo muchas ganas de conocerte y creo que he entendido lo que se sentirá estar contigo. Debe ser una mezcla de profunda oscuridad con brillos escandalosos. Múltiples caminos y múltiples visiones.

Yo sé que en varias ocasiones te he hecho saber que estoy decidido a irme contigo, pero cuando se me revela lo que sería el no ir en tu búsqueda y quedarme acá, sinceramente la pienso.

He aprendido mucho de mi maestro. Me ha hecho ver demasiadas cosas,

y me ha enseñado a descifrar tanto. Con sus enseñanzas y proyecciones he logrado aprender a leer las banderas. Hay tanta sabiduría en ellas. Las de Argentina, Japón y Uruguay, me encandilan y me queman. Ahora comprendo la configuración tan exacta en la de Túnez y Argelia. Las de Israel y China están por todos lados. Pero debo confesarte que al pensar en mi bandera y en lo que mi maestro me enseña desde aquí, me pongo a dudar y en vez de ir contigo, prefiero quedarme. Siento que se desdobla el Ombligo de la Luna y eso no es cualquier cosa, debe ser un momento profético, debe estar eclipsándose algo, debe haber un intercambio extraño y justo aquí, el pivote está aquí, mi querida Ixtab… A veces pienso que tú deberías venir para acá. Espero me conteste pronto, cuídate mucho.

El indeciso.

PD: Toma en serio mi invitación, prométeme que lo pensarás.

(Diego Alejandro Sáenz Barba)

Ciudad de México.

Querido Cometa:

Hoy, mirando al cielo, me acordé de ti.

Mi mamá me pidió que dejara de ver directo al sol, porque me podía volver ciega; obvio, no le hice caso. Todavía me duelen las pupilas. Al cerrar los ojos sentí que te veía.

Me acuerdo me dijiste que el espacio sería siempre el mismo, no importa en dónde estuviéramos, y como el sol es tu favorito en el sistema solar, lo miré fijamente.

Me dijiste que me olvidaría, pero aquí estoy, casi ciega después de un año. Sé que no vas a volver, es imposible que un colono de Marte regrese a la Tierra, pero no pienso olvidarte nunca, además, ¡estás haciendo historia!

Cuando tu tía me dijo que podría enviar una carta hasta Marte, casi lloré de la emoción. Me dijo que ella no tenía mucho que contarles a tus aventureros padres, que acá en la Tierra no ha pasado mucho, que, si quería, escribiera yo. Tampoco tengo mucho qué contar. Mis papás siguen peleándose todo el tiempo. Nos cambiamos de casa, ¡casi como cambiarse de mundo! Entré a un nuevo colegio (peor que cambiarse de mundo) y no tengo amigos. Te juro que lo intento, pero a nadie le encantan los planetas tanto como a ti. Me va normal en la escuela: ocho en todo.

Estoy segura de que tienes miles de amigos en la nave, así que ya no te quito más tiempo.

Tu amiga, Natalia

P.D. Me hubiera gustado irme contigo.

(Maya Ochoa Montes)

Mérida, Yucatán.

Querida Yo, de 35 o 40.

Ojalá aún sigas viva para cuando leas esto. En este pequeño pedazo de papel, te quiero recordar lo bien que nos hace mirar el cielo; nos ha gustado desde pequeñas y nos gusta casi a cualquier hora del día. Por las mañanas, muy temprano, es tan hermoso, nos da la bienvenida a un nuevo día, ¿recuerdas cuando era sábado y salíamos al patio y nos deteníamos ahí solo para mirar hacia arriba?, se sentía el aire fresco de la mañana y las aves andaban en lo alto. El más mágico, era el cielo nocturno, siempre que veíamos el cielo de noche, nuestra imaginación se soltaba, pensábamos que había otros mundos, que alguien estaba controlando el universo, y que nos controlaba en ese momento, pensábamos que la estrellas eran de colores, que existían ciudades en otros planetas, el cielo nos hipnotizaba.

Yo de 35, por favor no olvides que también significaba esperanza, esperanza para volver a empezar; es mirar hacia arriba, tomar aliento y sonreír, quizás estás en la etapa adulta en la que la vida se vuelve aún más complicada, quizás parezca que no tienes tiempo para ti. El cielo siempre estará ahí y puedes contemplarlo en cualquier momento, así que, si no estás haciendo nada, sal y observa y deja que tu imaginación te de alivio y esperanza.

* Yo de 19 años.

(CRISTINA ESTHER PACHECO GARCÍA)

Mérida, Yucatán.

Querido Alex:

¿Cómo te amaneciste hoy?, me imagino que has crecido mucho.

Te cuento que ahora estoy a bordo del Y17, es una de las naves más avanzadas en su tipo y fue diseñada para una misión: conocer la nebulosa “reloj de arena” a unos 8,000 años luz, es una estrella similar a nuestro sol en la tierra.

Al estar aquí, cuando veo el cielo pienso en las estrellas y pienso en ti. Pienso en contarte los misterios del universo, las maravillas de las estrellas, las espectaculares noches y cómo se vislumbran las galaxias más lejanas. Te llevaré fotos y una estrella que he atrapado. Pronto espero volver a reunirme contigo, te extraño mucho. Cuida mucho a tu mamita y cuando veas al cielo, piensa en que pronto estaremos juntos de nuevo. Mientras tanto, yo, cuando piense en el cielo, pensaré en ustedes.

Con mucho cariño y amor, desde el espacio, Papá

(José Alejandro Chel Caamal)

Querida Ana:

Llegué al estado de Washington el 2 de enero. El clima, fatal… tal como se había anunciado en el meteorológico. Nada más te digo que aterricé en medio de una tormenta de nieve. Las cosas estaban tan mal que el avión no pudo llegar hasta el aeropuerto de Pulman y aterrizó en el de Spokane. Conseguí un aventón con unos estudiantes que tenían coche y se dirigían también a la universidad. Estaba muerto de miedo, la tormenta de nieve continuaba y había autos detenidos en la cuneta de la carretera a cada trecho: nosotros seguimos sin parar, yo temía que en cualquier momento el conductor perdiera el control y termináramos en el fondo de un barranco. Afortunadamente, no ocurrió así.

Al día siguiente, aunque la tormenta había cesado, todos se quedaron en la casa; después de todo, aún eran día feriado. Yo, en cambio, no podía esperar para salir a caminar. Había nevado poco más de medio metro, me las arreglé para darme una vuelta por el parque durante una hora. Allí todo era serenidad y silencio. El manto de nieve cubría las bancas, los árboles desnudos, los faroles que permanecieron encendidos durante todo el día porque la visibilidad era nula. Pero todo cambió al día siguiente y tuvimos un día excepcional. El cielo fue de un azul profundo con muy pocas nubes. Durante la noche fui, una vez más, al parque; esta vez pude caminar a mi gusto y descubrí que terminaba en un desfiladero. El panorama me quitó el aliento: hasta donde podía abarcar con la vista, se veían las siluetas de los altos árboles del bosque. El cielo no era completamente oscuro, sino azul en el centro, con tonalidades moradas en el horizonte. Aquí, las estrellas son otras, Ana; es decir, no sé mucho de astronomía, ni sé qué tanto varía la bóveda celeste en el hemisferio norte, pero de lo que sí estoy seguro es que las estrellas, aquí, están hechas de una sustancia diferente. Son como cristales puros, como un gran terrón de azúcar que se ha desgranado y acabó desparramado a lo largo del cielo. Fue difícil decidirme, pero al final he escogido una estrella para que sea nuestra. Cuando vengas, aquí te la enseñaré.

 - Alonso

(Juan Manuel Labarthe)

Barcelona, España.

-¿Crees que nos miran? -pregunta él mientras eleva la vista al cielo.

- A veces lo pienso.

- ¡Seguro! ¿No lo has visto en las películas? Tienen vigilado cada rincón del planeta. Te copian en las redes, en internet. Saben lo que consultas y hasta los mails que no has enviado. No te preocupes. No tiene solución. Hagas lo que hagas, no te escaparás.

- Pero…estamos desnudos. -dice ella recatada.

- Ya te han debido ver mil veces desnuda. En tu casa, en tu baño, en los vestuarios. Si no han publicado tus fotos es porque no eres “celebrity”. No le des vueltas. Hay que vivir con ello.

Ambos fuman mirando al cielo, tumbado uno junto a otro. Guardan silencio. Ella querría taparse, pero no se atreve, por no parecer mojigata.

-¿Y también nos oyen? -inquiere dando una larga calada al cigarrillo que le marca olluelos en las mejillas.

-Si quieren, sí. Pero lo dudo. Sería demasiada gente a quién vigilar. -Se acaricia distraído la entrepierna que parece estar receptiva- ¿Repetimos?

No sé. Me da vergüenza. -apoya la cabeza en su pecho buscando protección-

- Venga mujer. ¿A qué hemos venido? -Inicia un movimiento envolvente.

¡Alto! Si nos han de ver de todas maneras, por lo menos no me tapes el plano

Y se coloca sobre él mientras levanta el brazo como si lo cabalgara y reinician el juego más antiguo.

¡Yahoo!

(Eduardo Robles Corcuera)

Morelia, Michoacán

Oscuridad resplandeciente:

En irremediables noches de insomnio, salgo de mi habitación sin cubrir mi cuerpo con algo más que una delgada tela, que bien podría impregnarse del polvo de estrellas que me rodea, volátil, tan suave sobre mí, confortable tras mi terrible agonía de no poder soportar la persecución de recuerdos cada que intento dormir.

Sé que no debería importarme ya, quizás sí podría retomar mi vida y quizás, sólo quizás, arrancar los espectros que nublan mis días. En cada disturbio nocturno parece que estoy abrumada, asustada, incontrolable… irreconocible.

Pero tan sólo basta darme la oportunidad, recostarme en el terso jardín más cercano, en un contacto húmedo sumerjo mi piel desnuda entre cada fibra de ese fragmento natural, entre el rocío, entre su regazo otoñal: descanso, me alivio, renazco. Respiro. Te pienso. Pongo mis manos frías sobre mi pecho y siento el leve palpitar de un corazón solitario, es casi imperceptible, inaudible. Parpadeos que muestran las danzantes estrellas en un firmamento que podría tocar con tan sólo elevar uno de mis débiles brazos, acariciar los extremos de cada uno, sin que su infinita luz me haga cerrar los ojos de nuevo. Dura segundos, estoy imaginándome entre todas esas constelaciones magníficas, hermosas, armónicas, tan íntimas. Un cielo así no quieres que se apague, no quieres tener que arrancarte de su inmensidad. No quieres estar en otro lugar, en otro tiempo, en otros brazos, quieres ser sólo de él, que te destruya o te repare es su elección

Fuimos, y en cuántos lugares seremos. Silencio. Te escucho. Despierto… Una noche más de ti, Sofía.

(Brenda Zarco Tenorio)

CIELO DE ÁFRICA

Pavía, Italia.

Mi querida Bayuma,

Cada vez que miro al cielo, pienso en esa noche, en el patio de tu casa, encima de la colina, cuando estábamos haciendo el amor, como si estuviéramos en otro mundo.

Desnudos, delante de todo el mundo y de nadie, debajo de un cielo de cristal, protegidos sólo por tabiques de paja y por el sueño de tu familia.

La luna llena de los trópicos inundaba la noche estrellada, en una ciudad devastada por ataques fratricidas. Los estallidos de los tiros inundaban la ciudad, como fuegos artificiales de una fiesta.

Tu peso sobre mi cuerpo, un anhelo de pasión, diosa mandinga de un amor vivido en el corazón de una noche.

Me falta tu presencia, me faltan los días de mi vida en África.

La misma luna, las mismas estrellas, me miran ahora en la noche, de mi cielo, y me sugieren que también están mirando para ti, del mismo cielo.

Una secreta esperanza, sin embargo, me dice que allí, en la línea del Trópico, todavía estás esperando por mí, en las sombras, detrás de una persiana de madera de sándalo, en el intenso aroma de incienso y flores de palo de rosa. Me darás la bienvenida con una simple inclinación de tu cabeza, como si saliera poco antes para ir a tomar la fruta en el mercado. Como a alguien de quien se conoce el ritmo, el olor, la forma de los hombros, cuando se va, y el sonido de los pasos cuando regresa.

(Alberto Arecchi)

Bogotá, Colombia.

Marcelo:

El ruido de un avión me obliga a levantar la mirada. Podría ser tu avión. Me recuesto sobre el césped bajo un gran árbol y observo el cielo. Persigo el avión con mi mirada hasta que se vuelve minúsculo y solo deja una mínima estela blanca que, al cabo de un rato, desaparece. La estela de tu huida aún no se evapora. Ahora el cielo está limpio, reluciente, parece un piso de cerámica azul recién brillado. Las hojas de las ramas se mecen hacia el cielo. Veo como si el cielo fuera agua y las hojas se suspendieran en ella; me siento bajo el agua contemplando el movimiento suave de las hojas, mientras me ahogo en el recuerdo de tus palabras.

El viento cálido acaricia mi rostro y cierro los ojos. El azul es tan penetrante que atraviesa mis párpados. Me inundo de azul. Me desbordo de serenidad. Respiro profundo y exhalo. Siento tu mirada sobre mí. Abro los ojos y el cielo se torna gris. Unas nubes acechantes indican la proximidad de una llovizna. Ahora la brizna cálida se resbala por mi cara, recordándome las lágrimas que esta mañana derramé por ti.

(Dayana González Fajardo)

Diciembre de 1917, Campamento de la Cruz Roja afueras de Ypres.

Medea:

Cuando creímos que ya nada podía empeorar, los alemanes enviaron una ola asesina que tardó una hora en dispersarse. Entretenidos en despiojarnos, en cuidar el pan de las ratas y los pies enmohecidos de la humedad del barro, habíamos vivido semanas a la espera de acción. Murieron seis mil hombres, algunos se suicidaron antes que morir asfixiados. No es fácil volarse los sesos con un fusil. Quienes tuvimos a mano un poco de estopa, orinamos en ella y nos cubrimos la boca y nariz. Estoy en un hospital rodeado de soldados a quienes cegó el gas.

Tú naciste ciega, ¿habrías preferido perder la vista a los diecisiete? Son decenas de ciegos acorazados en un silencio sepulcral que por culpa tuya me es familiar. Paralizados como están, han sido capaces de transformar el bullicio de la guerra en vacío. Parecen haberse resignado, aún no intuyen que no habrá madre que los rescate. No hay quien les ofrezca una sonrisa. Esos miserables soldados de infantería me llevan a ti. Haber huido de tu ceguera para encontrarme rodeado de otros ciegos es una maldición. Perdí los pulmones cuando hubiera querido ensordecer. Ráfagas de metralla; alambre de púas sacudido por el viento de Levante; el llanto de los heridos en la tierra de nadie. Hay tramos en los que no son más de quince metros los que nos separan del enemigo. La guerra da lugar a minucias.

Recuerdo cuando rompiste a llorar al escuchar por primera vez un tren acercarse a la estación de nuestro Béziers natal. Me sucede lo mismo cuando por las noches pido socorro al cielo y no veo una sola estrella, solo escucho las súplicas de los moribundos.

Tu hermano Jerôme

(ALICIA PEREZ HELGUERA)

(Ciudad de México)

OVNI

Resulta curioso. Ahora que no lo intento, doy con el lugar que tú y yo siempre buscábamos para conseguir la mejor fotografía, del mejor paisaje, del mejor, yo qué sé, semáforo... Es lo que siempre anhelábamos y nunca conseguíamos, registrar el momento, el objeto, el punto perfecto. Mira que aprovechábamos la menor ocasión para liarnos la mochila o tomar un autocar; o simplemente nos echábamos y caminábamos sin rumbo. Ése era nuestro hobby, el de las fotografías. Que yo era más de objetos y tú buscabas lo inmaterial. Por ejemplo, cuando llovía, ahí disfrutabas, cuando sólo se veía el gris oscuro y apuntabas con el dedo y me decías, mira, mira qué cielo más guapo. ¿Pero así lloviendo?, te preguntaba. Y tú me preguntabas si yo tenía algo en contra de la lluvia, coño. Ahora miro al cielo, pero por otra cosa. De hecho, todo el mundo, en este momento, estamos mirando al cielo. Un extraño y enorme objeto no identificado sobrevuela a muy baja altura nuestras cabezas. Diríamos que las peina. Qué luz. Lástima que estés en Canadá, nada menos. Ya te enviaré en otro correo electrónico las fotografías. Por cierto, por si esto es el fin, te diré que todavía te quiero. Que no te culpo de nada, que me gustaría volver contigo, etcétera, etcétera. Que no te olvido. Y que una puerta se ha abierto y de ella florece emergente una espléndida luz brillante. Que me ciega. Luego te sigo contando. Tuyo siempre, J.

(José Miguel Gonzalvo Macipe)

(Zaragoza, España)

Metepec, Estado de México

Entré a la bañera y cuando el agua cayó en mi rostro, solté el primer lamento, te recordé en la secundaria, cuando me viste llorar en clase de ética y te acercaste al escritorio de la profesora a preguntarle algo, yo noté que en tus manos tenías una bola de papel rosa, y que la movías para que la tomara. Lo hice. -¿Quieres ser mi novia?- decía.

Y ahí estabas tú, haciéndome sentir feliz. Nos conocimos en el kínder, el primer día de clases, con los rayos entrando por la puerta. Tú, tu cabellera roja y esa frase, siempre que me veías mal, la decías una y otra vez, supongo que siempre supe que esa proposición era más que eso, era tu forma de decirme que estabas incondicional ahí.

Ayer fue el velorio, vi a todos nuestros compañeros, tenía años de no verlos, por aquello que nunca me gustaron las fiestas. Tú madre me miró, tenía que ser fuerte, pero me derrumbé cuando dijo que fue por tu cabello por lo que reconocieron tu cuerpo. Recé de rodillas, ¡qué hipocresía del cielo, estar azul!. Cuando levantaron el ataúd marrón, no pude más y los lamentos salieron de mi bloqueada mente. -¡No se lo lleven!, no se lo lleven- pensé. Mi amiga más cercana me abrazó y lloré por fin como se debe llorar cuando pierdes un pedazo de alma. Rodrigo, hoy miro este crepúsculo, estoy sentada donde una vez nos escondimos, las nubes están completamente naranjas y yo sonrío porque ese cabello tuyo te delata. Sigues incondicional, aquí junto a mí.

(Yuritza Areli Medellín Sánchez)

Guadalajara, Jalisco.

Qué diferente la persona que se sentaba allí, buscándote, de la persona que ahora te escribe esta carta. Es el mismo cielo, pero parecen distintas pinceladas. Es una vida irónica, amigo mío, una donde el hablador cae antes que el cojo, y terminas sentado en la silla que años atrás juraste jamás tocar.

Hubo un ayer donde fuimos unidos. Cuando tu universo fue un refugio. No se construyen lugares así sólo con tinta y papel. Se arquitectan con fantasías desesperadas, con ilusiones casi patógenas.

Ver el cielo es pensar en ello, en lo perdido, en lo ganado y en lo mucho que te extraño. Murmurar nombres que hace mucho no escribo y acariciar las puertas de un lugar que solía ser mi casa. Es el aire, el naranja, la infinidad que me provocaba fantasear, inhalar las posibilidades. Es doloroso y esperanzador a la vez, pensar en los días donde prometía perseguirte por siempre, buscarte en cada oración de mi pluma, jurar que no llegaría el momento de convertirme en extranjera en mi propio país dibujado, bosquejado, amado. Pero hoy lo soy. Cuando miro el cielo recuerdo mi perfecta geografía imposible, los lenguajes imaginarios. Quiero que sepas que no he renunciado. Espero que esta carta sirva de algo. Un beso de agradecimiento, una promesa escrita, evidencia de que he perdido el rumbo, pero que todavía consigo recordar el destino. Si alguna vez lo olvido, miraré hacia arriba. Te buscaré en el recuerdo de la azotea que invoca en mí cualquier cielo, aunque lo hayan pintado con una brocha distinta, lo mire de cabeza o sentada en la silla que juré no tocar, entre paredes amarillas y una jaula de metal.

(Rosa Irene González Enríquez)

Mérida, Yucatán, a 26 noviembre de 2016

Querida Esperanza:

Es bajo este manto, que esperamos impacientes, inquietos, temerosos e insignificantes, mientras sobre nuestras cabezas y techos se teje el futuro más incierto y temible. Te espero sentada en mi sillón mientras las estrellas chocan y los agujeros succionan toda posibilidad de volverte a ver. Mientras el caos gobierna y los mundos se hacen y rehacen entre explosiones y polvos mágicos, yo te espero quieta.

Quisiera pensar que no me extingo, que mis vibraciones no mueren poco a poco y que mi pulso sigue firme. Pero mientras más te busco en un firmamento oblicuo, más me doy cuenta de que no eras cierta

¡Qué cruel es la vida y qué crueles los astros, que nos hacen rehenes de sus andanzas y árbitros de sus contiendas!¡Qué injusta la rabia y qué injusta la verdad que cuando quiere se nos revela ante la pantalla del cosmos y cuando no, nos aplasta y nos carcome enteros, sin una gota de misericordia, sin perdón y sin pena! Por eso ya no continuaré navegando en búsqueda de ti, porque sé que has sido víctima de tan violenta batalla y que en tus brazos ya no hay lugar para mí.

Nunca fui tuya, - Kitty.

(Andrea Pasos Palma)

Bogotá, Colombia.

Mí adorada Agustina:

Hoy se cumple un año más desde la última vez que me viste, imagino que no recordarás el color de mis ojos, puede que ni siquiera recuerdes el tono de mi voz, sabes que el apartarme de ti fue mi última y más dolorosa prueba.

Escribo estas líneas, sin lograr contener el llanto y con el más profundo y desgarrante dolor, teniendo claro que, si estás leyéndolas, significa que mi vida ha terminado por extinguirse completamente.

Recuerda que: “al final, lo que importa no son los años de vida, sino la vida de los años”, Abraham Lincoln lo dijo hace ya mucho tiempo y te aseguro que estaba en lo cierto. TE AMO y, aunque ya no esté contigo, siempre velaré por ti y podrás sentirme cada vez que mires al cielo, sea de día o de noche, estaré presente en el firmamento para que cada vez que dirijas tus ojos hacia arriba encuentres en el reflejo del sol, en el resplandor de la luna y en la infinidad de las estrellas, la magnitud de mi amor por ti.

PD: ¿me podrías hacer el enorme favor de leer estas palabras sin falta cada 25 de mayo? Si El mismo día en que cumples años.

Siempre te amé y amaré, aun con la distancia que la muerte ha puesto entre tú y yo.

Con amor: Tu madre.

(Luisa Fernanda Porras Torres)

Bogotá, Colombia.

Amado Juan:

Absorta en la lucha por traer hasta el alma la estrella que juntos solíamos contemplar, me dejo llevar de tu mano igual que en aquellas noches cuando la vida era una boca abierta al canto y al poema. Decenas de hojas otoñales permiten posar mi humanidad sobre sus tonos platas desteñidas, lo mismo que mi memoria.

Peregrina vereda de sombras me habita repartiendo aroma de nostalgia que se cuela por entre los ojos de la luna: lágrimas cristalizadas de rocío surcan mis ojos en refrescante amor solitario, en mudo abrazo, confiándome esa distante emoción de madrugada. La luz del amanecer me anuncia que ha llegado la hora de mirar al suelo, de pisar otra vez nuestro senderito bordeado de sol; entonces descubro que ni siquiera contemplándote en lejanía, calmo esta sed, marchita de ti, de tu existencia rondando mi corazón de invierno. Aire de mariposa flotante alrededor de pétalos moribundos me has dejado. Una naciente calma compartida regresa a mi existencia dándome sus leves toques paso a paso, hasta volver a posesionarse de mis manos vacías…

La llaga de nuestra historia inconclusa, de nuestro adiós obligado y detenido, oscila entre neblina despierta al suspiro que, al partir hasta tu cielo, impasible se despide dejándome el eco breve de tu nombre que cada noche arranca en pedacitos mis latidos.

Siempre tuya,

Ana Milena

(LEONOR RIVEROS HERRERA)

Tepalcingo, Morelos.

Yosh e Ix, estrellas de mi cielo.

A la deriva de pensamientos contrapuestos, indecisos y lacónicos, me atrevo a escribirles, alentado por un sentimiento sublime, de que cada día descubro y gozo sin comprenderlo en su magnificencia, pero que me dota de una fuerza interior incontenible hasta las lágrimas. En esos efímeros instantes que vive mi emoción, bastan un gesto o una palabra suya para sentirme afortunado y medroso de tener tan cerca a los seres más hermosos para mis ojos y sensibles a mi corazón.

Quiero que siempre recuerden que a pesar de la armadura que me he procurado para acallar mis emociones, sentimientos, temores, ambiciones y multitud de complejos que alimento furtivamente, estoy indefenso y siento resquebrajar mi armadura al primer embate de sus sonrisas y diluirse con sus ambiguas lágrimas, que tanto adoro.

Son mi caja de Pandora y mi lámpara de Aladino, mi porvenir y mis reminiscencias. Por eso las quiere siempre, Papá.

(Virginio Aguirre Flores)

Ciudad de México, 18 de dic. del 2016

A la inspiración de mis antiguos días:

¿Recuerdas nuestro apacible cielo nocturno? No el de siempre, infestado de la contaminación lumínica de la cuidad y del sonido de los autos a todas horas, si no, el que hicimos nuestro, al irnos muy lejos los dos juntos. Un nocturno tan apacible y cálido que nos abrazaba con cariño. El silencio que proliferaba cada una de las flores a nuestro alrededor y la hierba alta con su aroma tan apaciguador. Una estela inmensa de estrellas que tranquilamente nos miraba recostados el uno con el otro. En esa pared de infinitud, en que tan fácilmente perdíamos nuestras miradas. Pero eran tus ojos estrellas celestes en un tono ocre que no se puede comparar con ninguna otra del firmamento. Tan conmocionado ante el rubor de tu luz, que el sueño nunca se paseó en nuestros lugares. Tu piel era una celeste estela azul que recorría tranquila y elípticamente mi pecho, Y por cada segundo en que te acercabas, te sublimaste en el polvo de suspiros que disminuye en magnitud pero que, con el impacto, me hace sentir vivo. Hoy estas terriblemente lejos. La esperanza de ver de nuevo las estrellas ocres de tu mirada disminuye al paso de cada día. El mundo ahora gira con desgana. El universo es sordo a los cantos del poeta estremecido por el universo.

Con cariño:

El eterno espectador de las noches de luna fría.

(Diego Rosas Saturnino)

Ciudad Acuña, Coahuila.

Para: un amor soñado

Miro el cielo gris, e imagino un mundo donde el cielo es nuestro suelo, las estrellas son las huellas que dejamos y el sol una chimenea, esa que nos acompaña en los días fríos. Donde por la noche el cielo cobija nuestros deseos y hace los momentos placenteros, donde el motivo por el cual caen trozos de nube derritiéndose es por culpa de nuestros cuerpos fundiéndose por lo cálido de nuestros besos.

Un cielo gris que, a muchos, causa nostalgia, a mí me da tranquilidad, esa que solo tus brazos pueden lograr. Siento tu vista caer en mi rostro, escucho tu voz cerca, siento tu respiración y el palpitar de tu corazón.

Es ahí cuando regreso a la realidad, esa donde sé que existes y tienes un nombre, pero a mi lado no estás.

Miro una vez más el cielo gris y entre nubes veo tu nombre ¿será acaso una señal? Claro que lo es, me doy cuenta de que te conozco, pero tú no me conoces a mí.

Sin embargo, algún día nuestros caminos se harán uno y te podré conquistar.

ATTE: LA ILUSION

(Selina Gardea Garcia)

SONRISA DEL CIELO

Ciudad de México

En lontananza se recortan dos volcanes majestuosos: Mi Popocatépetl y mi Ixtaccíhuatl; tras ellos el cielo tiene color azul plumbago. Cerca de mi ventana está la agreste espesura del pasto hirsuto en la que dos bosques se acarician, uno de pirules y otro de copales, que viven en armonía.

Cuando al cielo miro, que está sin nube alguna, se me viene el recuerdo de tu armonía, de tu dulzura y espero, con una maraña de ideas metidas en la mente, que ya no se alargue la espera por tu regreso. Cuando te fuiste, un doliente sinsabor se entremetió en mi boca y un aroma a lejanía cundió en mi entorno, porque tu sonrisa de mí se alejaría, porque tu efigie estaría al otro lado del mundo y una doliente pena se apoderó de mi corazón herido.

Así que, aquí te espero, mirando al cielo que en este mismo momento se recubre de nubes que llegan con los vientos; se llena de blancura, se llena de volutas grises que poco a poco en negras se convierten y me tapan la vista de los volcanes, pero no el vislumbre de mis anhelos, porque pronto regresarás.

Ya escampó y miro… ¡Una sonrisa en el cielo! una sonrisa perfecta: Es el arco iris que a mis ojos revela que tu regreso, dentro de siete días se producirá. Yo también le sonrío al cielo.

 - AVE EVA

(Profesora Hugolina G. Finck y Pastrana)

Departamento de Salto, Uruguay.

¡Hola papá!: ¡tengo tantas cosas que decirte! Las que nunca pude cuando estabas aquí. Ahora, en esta noche, mirando la luna, te digo ¡Te amo! ¡Siempre te amaré! Me nacen tantos recuerdos y quiero saber ¿Si me sonríes, si me miras, si me proteges? Estoy siempre en el sillón que te sentabas para contarme lo cotidiano del día. Estás muy dentro de mí. Vives aquí. En nosotros… Todo lo que soy y lo que he heredado en Valores lo tengo de ti.

Me tenías confianza en el empeño por ganarme el estrellato. Me conocías, me leías la mente y las ganas de llegar: Porque nunca dudé en lograr mi meta.

¡Tenlo por seguro que nunca saldrás de mí porque te llevo en mi corazón por siempre! Rezo para que estés en la paz más absoluta que el ser humano necesita por su esencia… Pienso que tus ojos me miran con amor, amor recíproco, auténtico, interminable… La magia de la luna de la que esta noche está llena, me trae su brío. Y sé que eres tú que te reflejas en ella y quieres verme alegre y contenta por Siempre. Crecen mis ilusiones al saber que estás en un mejor lugar y que me quieres como ayer, como hoy y como siempre.

Es noche de luna en todo su esplendor. Y vuelvo a ver tu rostro dibujado esbozando una sonrisa. Tú sonrisa y ya somos dos, y te pienso… ¡Te amo papá!

 - MARY JUDITH GULARTE DUARTE.

Chihuahua, Chihuahua

Querido y apreciable lector.

Las personas siempre han contemplado el firmamento, buscando respuestas que jamás llegarán. Las alturas son el origen de lo excelso, el hogar de dioses, el cenit de la sabiduría. Representa la serenidad y exaltación, el nerviosismo y la calma, al temple y al imprudente. El cielo simboliza los extremos, una condición frágil que podría compararse con el humano mismo; mientras el viento sople con sosiego nos mantenemos plácidos, más cuando nos arrecia la tormenta, cesa toda la prudencia.

El cielo es un inalcanzable mundo sin límites, el lugar en donde las plegarias son escuchadas, donde las miradas se encuentran y la justicia comienza. Un terreno solo digno para las existencias más sublimes, en el cual los hombres no tienen cabida.

Su estado es tan parecido a un dios y quizá por ello nos atrae. Sabemos que jamás lo tendremos, pero aun así no nos rendimos. ¿Tanto empeño valdrá la pena?...

Piensa en la vida, en la paz, en la tolerancia, en lo divino y en la bondad. ¡Diles que piensas en lo mejor de este mundo, en la posibilidad del cambio y la belleza de un perdón! Di que evocas lo más hermoso del planeta: la creación humana y su capacidad de amar.

(Oscar Humberto Molina Delgado)

(Segunda Parte)

Ciudad de México

Cuántos enamorados se han tomado de la mano mirando al cielo, cuántas veces hemos hablado con Dios mirando al cielo, cuántas veces hemos implorado una respuesta mirando al cielo, cuántas veces hemos soñado despiertos con nuestros proyectos de vida mirando al cielo, cuántas veces hemos platicado con nuestros seres queridos que ya no están, mirando al cielo. ¡Cuántas piezas musicales o cuántos libros o poemas no se han hecho con solo mirar al cielo!

Mirar al cielo me hace pensar que si existe algo divino en todo esto que se llama vida, el origen es inexplicable, es una cuestión de fe, somos este cuerpo físico que no solo es materia que se transforma, sino que estoy convencida de que tenemos un alma que no vemos, porque solo son vibraciones aceleradas, lejos de nuestra vista, átomos pertenecientes al increíble Universo.

Mirar al cielo me hace aprender de cada día, con su cada noche, con el sinfín de experiencias. Los días reflejan el azul del mar, y el sol nos llena de esa energía que necesitamos para vivir, para respirar, para disfrutar la naturaleza, y su cada noche nos regala una cortina de estrellas que no acaban nunca, espectáculo: regalo de la creación, sea divina o no, somos parte de esto que se llama UNIVERSO.

Gracias a mi padre por decirme cuando era niña que mirara con los ojos abiertos, porque gracias a eso puedo mirar al cielo y apreciar lo maravillosos que somos y lo felices que podemos ser por el simple hecho de VIVIR.

 - Patricia Morales

Ciudad de México.

Cuando miro al cielo, no pienso: siento.

Tendría apenas unos seis años cuando por voluntad de superar mi temor a la penumbra, me escabullí de noche al “enorme” patio de mi otrora casa de la infancia. Salí con los ojos cerrados y me dispuse debajo de un gran mezquite, cuyas sombras nocturnas me estremecían de miedo, abrí lentamente mis ojos, alcé mi vista y me encontré con un cielo que se asomaba entre las ramas del árbol, imponente; me quedé extasiada, admirada, enamorada del cielo que de momentos me regalaba destellos, me ofrecía sin reservas sus estrellas. Mi cielo de niña significó la culminación del miedo al cambio.

El cielo de mi adolescencia significó sorpresa y diversión. Recuerdo haber salido de la ciudad con mi familia, algo entrada la noche. Mi mamá, más entusiasmada que nadie, nos decía: ¡Hoy habrá lluvia de estrellas, tenemos que verlas! En realidad, parecía una orden. Y fuera de la ciudad, donde la luz artificial no nos alcanzaba, me recuerdo acostada sobre el cofre del coche, esperando, escéptica, si caería o no la tan anunciada “lluvia”. Y de pronto, se dejó ver la primera… la segunda… la tercera… y cada una dejaba una estela de luz mientras mi corazón se aceleraba más. ¡Qué maravilla! Jamás imaginé algo tan fastuoso, miré a mí alrededor y al observar a mi familia, al ver sus caras, la felicidad pura y noble en sus rostros… fue tan excelso como cada estela de luz.

Mi cielo de juventud temprana representó un cofre de promesas. Con frecuencia salíamos en familia, de campamento, a “huir del calor de Monterrey”. Llegada la noche me apartaba de todos –ya superado el miedo a la penumbra– para admirar en mi soledad el cielo. Lo respetaba, era hermoso, desafiante, entre más lo veía, más estrellas aparecían: insolentes, soberbiamente hermosas… ¿cuáles de ellas existirían realmente en ese justo momento? En aquellos momentos de expectativas románticas, pensaba: algún día compartiré este cielo con el amor de mi vida, sí, seguro así tiene que ser. Me prometí, entonces, mirar con él ese cielo, sólo eso me bastaba… mi umbral del placer aún era muy limitado para pensar en algo más osado.

Luego, a los 22 años me despedí de mi madre, dejé mi tierra natal. Mi mamá me dijo: “estaremos lejos, pero bajo el mismo cielo, y si llegara el momento en que sintieras nostalgia de esta lejanía, mira al cielo, él te consolará, que yo haré lo mismo”. No pasaron si quiera dos meses cuando tuve que enfrentar la separación definitiva de mi madre, mi mejor amiga. Y sí, aún miro al cielo buscando ese consuelo o compañía que a veces me hace falta.

Mi cielo de hoy es npstalgia de los momentos vividos, del pasado que no volverá, de promesas no cumplidas o amores no encontrados… no, yo no he contemplado el cielo con el amor de mi vida… el cielo, a él no le interesa… ¿o bien será que no es el amor de mi vida? O simplemente son tonterías que nunca debí esperar. De consuelo me queda sólo un mensaje, a la distancia, que se leía más o menos así: “¿ya viste la luna?” Debería conformarme con eso, aunque ello no signifique compartir, ni acompañar… sino solo una frase soltada al descuido en un momento falaz.

El cielo me conecta, sí, eso sí, es el mismo cielo que cobija mis deseos intangibles, mis ilusiones desmedidas. Es el cielo que, en lugar de estrellas, me ofrece unas cuantas noches de luna, muy dosificadas, que a veces se me esconden y otras veces, sin intención, se sitúan frente a mí y me sacan una sonrisa no prevista o una lágrima que me acaricia. Ese es el cielo de hoy, ese que a veces hace de mis noches, una sutil poesía.

 - Karla Torres.

Fortín, Veracruz 13 de diciembre de 2016

Querido y entrañable abuelo Pino:

Antes que nada, te extraño mucho. Ya viene navidad… y dos días después sería tu cumpleaños. Todos marcábamos tu teléfono, el memorable 45 50 01. Hace días llamé, llena de nostalgia, pero al escuchar una voz femenina, no pude más que decir: “número equivocado” y colgué. Me quedé con las ganas de decirle que debía contestar con amor, y marcarme de vez en cuando para tener su número registrado al revisar el historial de llamadas, encontrar una con sentido…

Desde pequeña, cuando veía las estrellas, pensaba que eran pequeñas ventanas del cielo hacia la Tierra, en donde mis seres queridos se asomaban para verme y yo podía verlos. Hoy eres la estrella que más busco en las noches tristes, azules o nubladas, y a la que más sonrío en las noches despejadas.

Giselle atesora el cucú que le heredaste. Elías juega con los últimos carritos que le obsequiaste en un cumpleaños y yo, abuelo, yo intento platicarles todo lo que viví a tu lado y así, perpetuar tu recuerdo en ellos. Te amo infinitamente, Male.

(María Elena Rahme Rubiera)

Santiago de Chile

Abuelo:

Ahora que eres nube y llovizna y rayo de luna, le he puesto tu nombre a cada pájaro que veo. Quisiera contarte que tomé la posta que dejaste suelta en tu oficina, y me ha dado por enviar poemas e historias a cada concurso literario que se me cruza en el ordenador.

He pillado a la abuela mirando al cielo; me explica que Lorena le dijo que estás allí, en una estrella nueva que le mostró el guía durante su última visita al Observatorio Mamalluca. Así te siente cerca, indica, mientras un suspiro le va arrancando el escaso brillo que queda en sus pupilas cansadas. Te reta, mirando la profundidad de la noche, y murmulla constantemente que nunca perdonará el que la hayas dejado sola, porque ella debía irse primero.

Cumplimos tu petición y te dejamos en la costa, coqueteando con la espuma de Viña del Mar, muy cerca de donde viviste antes de caer en la espiral macabra de lo que podemos llamar la antesala del desprendimiento.

Extraño abisalmente tu voz profunda como la negrura universal, y sin embargo no alcanzo a hacer el duelo de aquella destemplada melodía porque resuenas en mi tímpano. No puedo extrañarte en serio, porque al fundirte con todo, te adheriste a mí: por eso le sonrío a los pájaros, sobre todo cuando vuelan libres, frágiles y eternos… Entonces los saludo en complicidad, con una leve reverencia, y a todos los llamo Juan.

Tu nieta número uno, Mallenchu

(Eva Débia Oyarzún)

24 de enero de 2015, Buenos Aires – Rio de Janeiro

Creo que es la primera vez que te escribo una carta. Quiero decir, una carta de verdad, sin dibujitos infantiles. Es, también, la primera vez que viajo en avión sola. ¿Cómo estás? ¿Me dejas verte? Estoy cerca. Acá veo todo. Digamos, todo lo que hay en el cielo. ¿No hay nada! ¿Quién dijo que los muertos van al cielo? Si estoy allí, y no los veo ¿Esconderá, acaso, el vasto cielo en algún rincón al paraíso? ¿Dónde estás Noyh? ¿Serás invisible? ¿Será el paraíso invisible? ¿Me estarás viendo mientras te busco? Si quiero, te veo.

Invisibles nosotros, los vivos. Somos espejismos creados por nuestras propias creencias. Sonrisa de vapor. Veo tus ojos. Oigo tu risa exagerada. Veo tus piernas largas. Tus manos, las veo. Creo recordar tu perfume, que se me escapa antes de descifrarlo. No importa. Prefiero tu olor a mate mezclado con cigarrillo. Tu olor a tango. Tu olor a costurera. Tu olor a Noyh. Existís porque te pienso. Por lo mismo existe el Tiempo. Por lo mismo existen este cuaderno, esta lapicera y estas líneas. De lo contrario, nada. Existo porque alguien me piensa.

No hay cielo. Existe porque lo pensamos. Los muertos no van a ninguna parte. Bailan entre nosotros. Están más vivos que los peatones de Florida y Maipú. El cielo comienza a mutar. Oscurece. No tengo miedo. La monotonía acolchonada de las nubes me da descanso. Hablo con la luna desde mi ventana. Me simpatiza cuando viene así, menguando. Ya no te busco. Porque te tengo. Y te vuelvo a soltar. Sigo contemplando la ironía de las nubes. Son maravillosamente absurdas. Tan reales como inexistentes. Aire. Tan reales como el aire entre mis manos. Son y no son. A los ojos resultan tangibles y a medida que me acerco a ellas se desmoronan. Pero como las pienso, continúan allí, y me hacen reír. Estoy tan cerca, abuela. Cierro los ojos. Te veo.

(Martina Dondero)

Caracas, Venezuela.

A mi Hermana… desde las profundidades del ¡universo mundo! Si este fuera el último día de mi vida, que no lo será, quiero que sepas que he admirado tu fortaleza, tu sentir profundo, aún en diferentes veredas.

¿Yo siempre más soñadora o más realista?

Si este fuera el último día de mi vida, que no lo será, asómate a la ventana y observa las dos nubes… ambas caen en la misma tierra, pero siguen distintos caminos. Piensa que aún en la distancia, ambas tienen el mismo origen. Ahora observa el cielo estrellado, y si ya pasó la tormenta, búscame en la claridad del día, y podrás encontrarme en una nube blanca que representa la pureza de mi alma. Quiero que conserves estas páginas y pienses que en ellas hay un hermoso recuerdo.

Ruido de trueno ha sido mi vida, luz de rayo, siempre en la búsqueda de algo mejor. Y piensa que, en una noche lluviosa, yo escribí para ti, ¿de qué forma has pensado en mi sentir profundo?

Quisiera imaginarte, dedicándome parte de tu día. Sé que así ha sido en alguna forma, tal vez, en una palabra, quizás con el recuerdo, tal vez en el lenguaje del corazón. Que te detengas, que no sigas corriendo,

Que la felicidad está en tu presente, en el hoy, en un instante… Si este fuera o no el último día de mi vida, que no lo será, deseo para ti un mañana siempre de sol.

(Silvana Trotta)

Puebla, México.

A ti,

Te escribo para decirte que pienso en ti, en la batalla que peleaste y perdiste. Recuerdo pensar que tu lucha diaria contra tu propio cuerpo era devastadora… Tú eras el sol que iluminaba mis días, mi camino… y ahora ya no estás.

La gente piensa que es el invierno el causante de este frío, de esta extendida oscuridad. No saben que la causa es tu partida de este mundo. A veces me cuesta respirar mientras veo el cielo. Me dijiste que el sol es bello, pero que, por estar concentrados en su ausencia, vamos dejando de poner atención a otros seres bellos que nos podrían hacer sentir cosas igual de hermosas.

Cada noche, al ver la muerte del sol, envuelta en ese viejo zarape anaranjado que me diste hace unos 10 años, me concentro en ver cómo de a poco salen las estrellas y la luna, y cómo inundan el cielo con su belleza particular.

No es que sea fácil, pero, poco a poco, me voy convenciendo de que, en verdad, aunque nada llenará el vacío de tu pérdida, hay más cosas por las cuales vivir. Y cada día, al atardecer, pienso en ti, y te agradezco lo grande de tus enseñanzas y de tu amor, y hablo de mi día, porque, a fin de cuentas, el sol, MI SOL, siempre serás tú, y confío en que aún me escuchas. Te quiero… siempre, Ale.

(Maricela Alejandra Hernández Vázquez)

Monclova, Coahuila, México.

Esa noche, después de la noticia que nadie está preparado para escuchar, salí de mi habitación corriendo, esperando encontrarte donde días antes me aconsejaste buscarte. No había nada: una tormenta nocturna cubrió el cielo con densas nubes oscuras que reflejaban hirientemente mi dolor.

No estabas…

Me gusta pensar que después de todo, la naturaleza me compadeció, y a la par de mis ojos, comenzó una lluvia torrencial, constante.

Si pudiera ser testigo de una lluvia de estrellas, pediría mil veces que me hubieras dejado un 30 de febrero. Así tendría la certeza de que, a pesar de todas las catástrofes juntas, de todas las desgracias, de todos los eclipses, a pesar de la suma de todos los agujeros negros que devoran mi vida, ese día, jamás se llegaría.

Ahora que arriba el frío y las nubes bajan, siento que estoy compartiendo las nubes contigo, y solo por un momento creo que te voy a ver cuándo abro mis ojos.

¿En qué pienso cuando miro al cielo? Sencillo: en tí, Ángeles…

(JOSÉ ANTONIO ALMENDÁRIZ PÉREZ)

Ciudad de México

Juanita,

Te escribo esta carta luego de haber mirado el cielo por días, justo después de tu partida. Tengo muchas preguntas sobre tu vida y otras tantas sobre la muerte. No he logrado entender por qué nos diste la esperanza de recuperarte de esa operación, y al día siguiente todo falló. Te adelantaste.

Desde entonces, no he vuelto al pueblo, a San Agustín. No he visto el camino que lleva al mercado, a la iglesia, a la escuela y a la única tiendita de todo el pueblo, ese camino por el que te llevamos con los pies por delante hasta llegar al panteón, y ahí estás, aunque yo no lo crea.

Todo eso que no veré, todas las casas cercanas al Iztaccíhuatl, las veo con sólo mirar el cielo, con los días llenos de nubes blancas, con el sol que calienta hasta quemar los brazos y el aire que sopla frío, como en San Agustín. Lo único que no encuentro al mirar el cielo, es tu compañía. Te extraño y me dueles cada vez que miro el azul profundo que solía cubrir mi cabeza, y que hoy está dentro.

No me consuela mirar al cielo, pero lo sigo haciendo por la promesa de nuestra religión. Te amo, mi Juanita, no sabes cuánta falta me haces. Te mando un beso, como siempre.

Tu bisnieta consentida,

Yael Domínguez Hernández.

Bueno Aires, Argentina.

Querida Mamá:

Cuando miro el cielo, una metafísica de la omnipresencia pretende unir en mi pensamiento todas las cosas. Como si las palabras tuvieran que exorcizar ángeles y demonios que acierten a dar cuenta de las muchas ausencias que me atormentan.

El espacio sideral trastoca mis esquemas de percepción, porque de pronto, aún las certezas más enraizadas, comienzan a desplomarse como castillos de naipes. Sucede que al mirar el cielo experimento la sensación de que su observación me devuelve un reflejo de mis horas más vulnerables y de las ausencias que se han adueñado de ellas. Y la tuya es la más intolerable.

Quisiera que las estrellas me devolvieran el recuerdo de tu alegría chispeante, la paz confundiéndose por entre los pliegues de la eterna armonía, en el azul del cielo que es inmensidad.

Mientras, las noches, en su alianza atemporal con la orfandad de las almas, hacen que mi último minuto, antes de que el cansancio me abata por completo, sofoque contra la almohada un llanto doliente, aguardando tu arrullo que no llega.

* HELENA

(JULIA E. DE LA IGLESIA)

Tucumán, Argentina.

Fede querido:

Te veo y recuerdo todos los momentos que vivimos, desde que éramos chicos, cuando comenzamos siendo mejores amigos. Luego nos veo casi llegando a la adolescencia, y veo cómo todo se fue complicando de a poco. Al principio era sencillo, nos gustábamos, o al menos eso creía, pero al paso de los meses, la familia y los amigos se volvieron factores que nos influyeron. Tal vez demasiado.

En el sol te veo, porque recuerdo cómo me alegrabas los días y cómo nos divertíamos. Confieso que, a pesar de que haya pasado tanto tiempo, te extraño, y muchísimo. Siempre que pienso en vos me imagino qué hubiera sido de nosotros, si ese verano…

Y tal vez sea una necedad, una simple fantasía de pequeña; pero, lo curioso, es que te vi una sola vez después de todo lo ocurrido. Pero vos no, y yo ni siquiera me atreví a saludarte por simple timidez. Y cómo me hubiera gustado hacerlo, para ver, al menos, si seguíamos siendo como esos dos chicos de doce años que se habían gustado mucho.

Te confieso que fuiste mi primer amor. De esos que no se olvidan, y cuánto me alegro poder decirlo, aunque además de haberlo sido, también rompiste mi corazón.

Por ahora, esta carta va a quedarse en el cajón de mi mesa de luz. Esperando que algún día, lo que teníamos, vuelva a nosotros. Esperándote.

Te quiero muchísimo,

Maya

(María Gracia Ceballos Paz)

Fresnillo, Zacatecas, México.

Cariño mío:

Al mirar el cielo me pareció ver en cada una de las estrellas, un lunar de los que habitan en la tempestad de su cuerpo. Recordará usted que muchas veces naufragué en su universo, como un astronauta soñando llegar a la luna, y cada vez, yo perdía demasiado de mí. Esta noche hace un cielo tan bonito, y me pareció el momento perfecto para dejar ir todas esas cosas que no me hacen mucho bien. Así que, sin rencor y despojándome de todo mi orgullo, no le culpo de nada. Usted será un gran recuerdo de mi vida, y yo siempre le voy a extrañar. Agradezco por los días en que usted brilló para mí, como esta luna llena que hoy adorna el cielo, haciéndome sentir como un lobo feroz, vacío de temores.

Corazón, así como una noche de luna llena yo le entregué mi amor de la mejor manera que pude y todo cuanto tuve, esta noche de luna llena yo vengo a recordarle que siempre ha sido libre, y esta noche, a usted le toca seguir siendo libre, sin mí. Hasta aquí he matado todo, como si la luna fuese un juez y las estrellas los testigos. No me toca más que cumplir con mi condena. Hasta aquí, sólo me toca decirle adiós.

PD: Las estrellas seguirán brillando por cortesía, aunque la luna se vaya.

* Alguien que siempre luchó.

(Fátima Isabel Trejo Hernández)

Orizaba, Veracruz, 13 de diciembre del 2016

Querido Amante futuro

Se me eriza la piel al pensarte, una sonrisa tuya de labios anchos haciéndome sentir libre, apacible en el momento que está por venir, es cual música que me hace sentir viva. Soy capaz de imaginarte y en ese segundo, viajar hasta ti, siendo parte del aire que respiras; mientras tú, mi fiel acompañante, ignorante de mi propia presencia, estás, como siempre, alentando mi vida, sublime, en el cielo inconmensurable.

Te busco entre la gente un día cualquiera, porque nos pertenecemos. Es que eres tan mío, como lo es el mar al sol, ciudadano del mundo del cual aún no sé el nombre. Quiero descubrir la desnudez de tu alma, bañarme con la sinceridad de tu vida, profesarte amor sin medida, de mañana, tarde o madrugada, mientras el tiempo lo permita, que tus labios pronuncien mi nombre y tu vida me ame como yo pueda amarla, haciendo de este hoy, donde solo puedo imaginarte, un anhelo para mí, y finalmente un sueño hecho realidad. No desesperes, aunque por momentos sientas que pierdes el rumbo. Un día, el mundo conspirará, en el lugar indicado, a la hora precisa, y nos hará sentir alucinados, vivos, felices, por haber esperado para ese instante.

Por el momento, sigue aprendiendo a existir contigo, para un día vivir conmigo, para que, juntos, miremos al cielo completos, apacibles amantes del futuro.

Con amor, Nely.

(Nely Paulina Garcia Ramos)

Gaby:

No pude dormir en el autobús de regreso. Al salir de Irapuato, el cielo estaba totalmente despejado, de un azul tan plácido que me imaginé un eterno mar en calma, una vida completa, azul como tus ojos, como mis sueños. Imaginé que vivíamos en el cielo, que no necesitábamos más de las cosas terrenas. Comíamos nubes, nos alumbrábamos con las estrellas, dormíamos en la luna y nos bañábamos con el sol.

Pasando Celaya, algunos jirones de nieve empezaron a desfilar en el cielo. Hilos de blanco algodón fueron apareciendo conforme avanzaba el autobús, hilos que pronto se convirtieron en mantas completas, las cuales fueron encrespando sus contornos y aborregando sus panzas. Mis pensamientos cambiaron, me imaginé que del cielo caían copos de nubes, copos cálidos, abrazables, suaves para hacer un nicho en el que un bebé, nuestro bebé, dormiría.

Las nubes fueron poco a poco transformándose del blanco luminoso al blanco simple, al gris claro, a oscuro intenso. Saliendo de Querétaro, comenzó a llover, entonces el cielo me pareció un lienzo de nostalgia, de necesidad inmediata de tus brazos, aunque el cielo seguía siendo hermoso en su llanto. Pensé que esos pueden ser nuestros tiempos de distancia, los días que no puedo abrazarte, sentirte, aspirarte, besarte. Días que, afortunadamente, pasan pronto. Ya en Palmillas, volvió a brillar el sol, y así entramos a la Ciudad de México, con el azul puro que ilumina la tarde, como tus ojos azules.

Con un abrazo y muchos besos, me despido por hoy. Volveré a escribir en cuanto pueda. Con todo mi cariño.

* José Juan.

(José Juan Cruz Neri)

Tu rostro

Madrid, España.

Allí estas tú, tu rostro, tus facciones, la claridad de tus ojos que muestran una combinación de turquesa y esmeralda. Quise de pronto no mencionar tu nombre, lo juro. Olvidé las promesas, los juramentos, y que ya no estás conmigo, aquellos besos escurridizos que solía darte cerca de la frente y que, curiosamente, siempre terminaban en tus labios.

Labios infieles y cortados por el frío. Tú estarás tomando tu tercera taza de café, la que tomas para justificar que te levantaste tarde y por la que hoy trabajarás hasta el desvelo. Y yo estoy aquí, mirando al cielo, viendo el reflejo de tu sonrisa, el destello de cada cicatriz que me dejaste, los días felices desdibujados sobre la luna, tus besos húmedos con sabor a sal y canela, tu silueta acurrucada en los contornos de las estrellas, o quizás de la luna o de las constelaciones (no es preciso decir, yo no soy un experto). Solo me gusta estar aquí, enroscarme en esta posición, a oscuras, en soledad, con el último cigarrillo del día, viendo tu reflejo, tu rostro, tus miedos, alimentándome de este mar de estrellas, susurrándole mis penas, nuestro amor prohibido. Cada estrella sabe un secreto diferente, le conté de nuestros paisajes soñados, de aquellos lugares imposibles, y así me quedé, noche tras noche, hasta el crepúsculo más sublime, o quizás hasta el llamado de las horas de sueño, que reclaman cerrar los ojos y estar junto a ti.

(Elizabeth Amelia Villamán Herrera)

En un planeta lejano

Te cuento:

Me encantaba alzar la cabeza y contemplar el firmamento poblado de estrellas. Tendría unos doce años cuando mucho. Pero el cielo nocturno aquel, el del pueblo de mi abuelo, era alucinante. En las noches despejadas de invierno lucía atestado de estrellas. No he vuelto a ver cielo igual. Cuando alzaba la cabeza y el cielo rebosaba de luces lejanas, tenía la impresión de asistir a un espectáculo vital y luminoso, donde la vida no podía estar ausente de ninguna manera. Allá arriba, imaginaba, debía haber decenas de planetas donde también alguien más se asomaba al cielo nocturno, como lo hacía yo, preguntándose por la vida en otro planeta lejano, donde tal vez alguien más se asomaba el cielo nocturno preguntándose por la vida en otro planeta lejano, donde tal vez alguien más se asomaba al cielo nocturno preguntándose por la vida en otro planeta lejano donde, tal vez, alguien más…

 - Mauricio Vega Vivas

(Ciudad de México)

República Bolivariana de Venezuela

A mi queridísima amiga, Laure…

Querida niña: Debemos conversar. Aunque no estés, quisiera que me escuches. Anoche, bajo la párida luna, mientras contemplaba el cielo nocturno, un recuerdo de tus azules ojos atravesó mi mente. Recordaba el infinito tu sonrisa, tus palabras y tus caricias en mi cabello mientras imaginábamos figuras en las estrellas. Paseaba por las noches en que jugábamos a escribir pergaminos con nuestros nombres para comprar los luceros en el cielo. El rocío de las Dalias acariciaba nuestra sonrisa y casi involuntariamente, nuestros labios se juntaban bajo el manto claro de la luna llena. Ahora que te has ido, mi cabeza sigue apoyada en la grama húmeda, y mis ojos, clavados en el infinito nocturno, siguen contemplando oníricamente los resguardados más seguros de mi mente, en los que el cielo hace alusión a ti.

No me queda más que extrañarte, querida amiga, casi tanto como este cielo te extraña. Anhelando volver a ver tu sonrisa acariciar la tenue noche. Me despido.

(Brudinel Albert Baptista Velez)

Huixquilucan, México, 16/dic/2016

Querida Isabel:

Ayer encontré nuestro telescopio. ¿Recuerdas el día que lo ganamos con un boleto que habíamos comprado juntos, en la primaria? Mi sobrina me ha preguntado qué es el aparato, y ya le dii una explicación muy detallada sobre cómo se usa. Le mostré algunas estrellas y, por supuesto, la luna. Creo que no entendió la mayoría de lo que le enseñé.

A veces pienso en lo que hay arriba, en las estrellas y en la luna, en la misma luna que ahora está ahí arriba. Cuántos la han visto, cuántos la pueden ver, pero no le toman atención, porque solo es la luna. Tú y yo soñábamos con que algún día, de alguna forma, estaríamos parados sobre ella, creíamos que era comestible y cuando supimos que no, esperamos que hubiera un planeta que lo fuera.

He leído mi viejo diario y me di cuenta de que aún pienso que existe algo más, ahí afuera, algo que ninguno de nosotros puedes estar esperando. Tal vez sea una respuesta a nuestras preguntas, y más vida, que espero sea amigable. Hoy podemos ver lo que nuestro viejo telescopio no veía, tal vez en algún momento los dos podamos mirar a través del telescopio como antes.

Me da gusto que tengas un excelente trabajo; espero verte pronto.

* Con cariño, tu viejo amigo

PD: Recuerda “seguimos siendo exploradores”

(Guillermo Josué Muciño Entzana)

Ecatepec de Morelos, Estado de México.

Querida Gaudencia:

“La noche nos brinda algo a cada ser humano. Las estrellas son, cada una: una esperanza de un nuevo mundo. La oscuridad es compañera de los solitarios, y el fulgor de la luna es un gran sueño”.

Te quiere, tu hija Gina C.

(Gina Anyeli Cruz Cruz)

Morelia, Michoacán.

Querido hijo:

Es de noche y descanso tirada en el pasto. Sabes que, para mí, el cielo es un gran remanso de paz, es mi gran esperanza. Pero también lo he convertido en mi amigo, le he compartido recuerdos y sueños que, cada vez que lo veo, él se convierte en un gran espejo donde te puedo recordar. Solo me basta levantar mi mirada y de inmediato te veo con esa sonrisa de triunfo y esos ojos tan sorprendidos al guardar el equilibrio en tu bicicleta y andar en ella por primera vez. ¡Cuánta perseverancia tienes, hijo!

Vuelvo a ver el mismo brillo de tus ojos al caérsete tu primer diente. Estabas desesperado porque a todos tus amigos ya se les había caído uno, y a ti no. Aquella estrella me recordó que debemos tener paciencia, todo pasa cuando debe de pasar. Más allá veo otro conjunto estelar que brilla mucho más que si estuvieran dispersas, y me recuerdan cuando eras mi compañero de trabajo: aún a tu corta edad te esforzabas por sacar mis copias, lo mejor posible… ¡cómo nos disfrutábamos! Y ahora, en estos momentos que no estamos juntos, mi jardín y el cielo son cómplices para que cada noche, mis recuerdos estén conmigo y sonrío. Sonrío porque cada noche hay más y más estrellas y todas ellas son las aventuras que estamos pasando y los sueños que estamos logrando, cada uno, en su momento y, cada quien, en su lugar. Te amo.

(Leticia Zamora Solís).

Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina.

SEÑAL DE LUZ

 A ti, que me esperas más allá de las estrellas.

A veces siento la soledad de caminar por una tierra hostil que se niega a germinar tu semilla de amor, y soporto afrentas en tu nombre siendo marginado por los modelos sociales en turno. Ellos no comprenden que la eternidad no es pasajera, y se entregan a placeres efímeros que corroen el alma. Tu cielo es incompresible para su entendimiento, solo lo observan cuando un eclipse les produce curiosidad y se asombran por el fenómeno. Yo me asombro cada día, sabiendo que tú eres el autor de cada señal de luz.

Mi carta tembló cuando se hizo la noche en sus manos. Una estrella fugaz se desprendió de lo alto. Luego hubo otra, y otra. Tantas cayeron, en simultáneo, que el resplandor desalojó las tinieblas y un halo de luz celestial lo cubrió como un manto sacro. Sintió elevarse al encuentro de la matriz de energía, su cuerpo ingrávido se trasladó al infinito y se trasmutaron los planos. Más allá de las estrellas, se reencontró con su origen y fue la mágica simbiosis.

Hubo una única respuesta a todas sus preguntas, cuando pudo verse a sí mismo, escribiendo el final de su posdata:

 - En tu luz, yo seré luz.

(RAÚL OSCAR D"ALESSANDRO)

Ciudad de México

Hola, mi niña hermosa: Te escribo esta carta para recordar que crecimos juntas

enfrentando el dolor, el sufrimiento, la confusión

pero ahora, en este momento, cuando veo al cielo, puedo decir que poco a poco

entre las nubes negras de tormenta, abrimos un gran espacio

por donde se ha colado la luz.

Ahora solo puedo decir que:

"Me encuentro a millones de años luz evitando el juicio humano, pero al mismo tiempo

soy el juicio humano mismo"

Ahora te abrazo con gran amor y agradecimiento por ser mi compañera en todo momento

Con esa luz encontramos ese SER, ese NO SER, y LA NADA.

Ahora somos la eternidad misma.

 - Julieta de la Cruz Lozano

En un irrelevante lugar de este planeta…. A un día cualquiera.

Hola, Cariño:

Hoy tomé una larga y relajante ducha, desayuné y bebí una humeante taza de café mientras miraba el noticiero matutino, y finalmente salí de casa rumbo a mis deberes. Cuando regresé, decidí tomar bolígrafo, papel, y subir a la azotea. Estas fechas muestran algo hermoso, la negrura del cielo nocturno atiborrado de estrellas.

Hoy observé cosas que me hacen dudar sobre el termino <<humanidad>>, y sentí preocupación al darme cuenta de que este mundo se hace pedazos. Observé sufrimiento y apatía, escuché llanto, sentí rabia; rabia porque puedo hacer muy poco para cambiar todo esto. Observé cómo se llevaban el cuerpo, ya fallecido, de un pequeño niño de la calle, y hoy escuché sobre terrorismo y guerras, y hoy sentí miedo al darme cuenta de que algunas personas ya no son personas, de que el mundo se ha vuelto frio y malvado, de que los niños pierden la inocencia y los adultos ganan infelicidad.

Pero, luego, veo este cielo nocturno… y siento esperanza. Recuerdo el amor maternal, recuerdo la lluvia de verano, los buenos libros, mi taza de café, recuerdo aquellos tíos que después de treinta años de casados, se siguen amando, recuerdo la música, recuerdo las obras de caridad y los tratados de paz, recuerdo a mi familia y te recuerdo a ti. Y luego miro el cielo y siento esperanza de recordar que aún existen personas buenas, que no todo está perdido y que te tengo a ti.. Miro al cielo y recuerdo que te tengo, y eso es suficiente.

(Martha Janeth García Vázquez)

(Tapachula, Chiapas, 2016)

Acapulco Guerrero. a 14 de diciembre del 2016

Pequeño soñador:

Estamos pasando por tiempos muy difíciles y preocupantes. Quiero que sepas que, ante todas las cosas, y ante esta guerra que parece infinita en el mundo, el sol no ha dejado de brillar, y el cielo está más azul que nunca. Eso es esperanza.

Cuando miro el cielo pienso en lo bonito que es la vida, en los faroles que presencian besos apasionados de parejas en la calle, a mitad de la madrugada, en los poemas de los periódicos, en las canciones que nunca pasarán de moda, en una persona conociendo a su ídolo, en un niño feliz porque ya casi es noche buena, en un jardín lleno de flores, en las personas que piden el café con tres de azúcar, en un parque con todos los columpios ocupados, en un concierto al aire libre, en un hombre feliz porque se acaba de enterar de que va a ser papá, en las galletitas de la suerte, en una persona que ha vencido el cáncer, en una declaración de paz entre países, en jóvenes aventando sus birretes al aire porque al fin se graduaron, en un primer beso de amor, en un anciano viendo sus sueños cumplirse, en las tardes de playa, en cafeterías llenas, en Rock and Roll…

¡Qué las personas tristes miren el cielo!, y tú, querido amigo, ama con el alma, nunca te rindas, enamórate a la antigua y trata de que tu felicidad sea sempiterna. No lo olvides nunca. Con mucho cariño, Evelyn.

(Evelyn Grande García)

CDMX a 17 de diciembre de 2016

A quien me encuentre;

¿No es maravilloso, querido lector, que, sin importar qué tan lejos estés de mí, podamos disfrutar del mismo cielo con tan sólo levantar la mirada? Sí, tal vez dos tonos más claros que el azul que yo veo todas las mañanas, o 5,000 estrella más de las que yo cuento por las noches; pero, al final, tú y yo sabemos que es el mismo cielo, convirtiéndose de azul a negro y pasando por todos los colores del ocaso.

No sé dónde escuches esta carta, ni sé tu nombre, sexo o edad. Pero, ¿qué ves? Edificios, bosque, mar, nieve, ruinas, gente. ¿Qué escuchas? Silencio, música, aves, charlas, gritos. ¿Qué sientes? Paz, alegría, tristeza, desesperación. ¿Cuál es el contexto? Vacaciones, una reunión, una guerra. No lo sé.

Pero compartamos este momento que trasciende el tiempo.

Respira profundo y mira hacia el cielo, deja por un momento lo que te rodea para disfrutar del infinito encima de nuestras cabezas, un infinito que compartimos sin siquiera conocernos. Un cielo que nos une de por vida.

Te deseo siempre lo mejor,

C.C.C

(Carla Cárdenas Catalán)